

Cuentiembre- Carla Pardo

Carla Pardo



Image not found.

Capítulo 1

Paranoia

Era noche cerrada y todas las luces de la casa estaban apagadas. Todas menos la suya. En ese momento devoraba ansiosamente un libro, no sabía a ciencia cierta cual era.

Pocas veces se le veía acompañada, disfrutaba de la soledad, tema que zanjaba violentamente cuando afirmaba que no estaba sola, estaba con ella misma, y eso era compañía más que suficiente.

Podría decir que tenía muy claras sus prioridades. Estudiaba paranoicamente, con la idea de conseguir un premio nacional al buen rendimiento durante su carrera. Esa era su única meta y todo lo que hacía era para llegar a esa finalidad. Su vida, su día a día estaba planificado milimétricamente. Las paredes de su estudio estaban repletas de gráficas de productividad, de métodos para conseguir sus objetivos e incluso de fotos de aquellos estudiantes que eran o podían ser mejores que ella.

Por norma general, parecía perder la noción del tiempo y el espacio, cuando estaba con alguien siempre estaba ausente. Con su familia, cuando la veía, se dedicaba a mirar al infinito, a veces parecía tonta, pero siempre pensaba en algo. Repasaba mentalmente una lección o buscaba en su cabeza el título para algun trabajo academico.

Vivía con su madre y con su padre. Ambos preocupados por ella y por la situación que le acompañaba.

Decidieron llevarla a un psicólogo, pues la paranoia era tal que había dejado de dormir, apenas comía y lo hacía cuando ella consideraba oportuno, que era casi nunca. Todo apuntaba a que podría acabar enfermando, tanto física como mentalmente.

Ella se había negado en rotundidad en ir al psicólogo, pero los padres acabaron llevando al especilista a casa. Detrás de él vinieron unos y otros, y más psicólogos, pero todos acabaron dejando las sesiones pues ella era tan convicente con lo que decía que no podían ayudarla de ninguna manera. Ella sólo quería estudiar, no era tan complicado de entender, ¿no?. Sus padres seguían torturándola, convencidos de que algo fuera de lo normal estaba ocurriéndole y de que aquello se les estaba yendo de las manos. Tocaban insistentemente a su puerta para obligarla a comer. Llamaban a sus compañeros de clase, los cuales le enviaban mensajes al

móvil, la llamaban e incluso iban a su casa. Ella, sólo quería estudiar.

Tras mucho esfuerzo, horas de estudio intensivo, muchos kilos de menos, y grandes preocupaciones por parte de los padres, al fin acabó sus estudios, con la mejor calificación a nivel nacional.

La cita era en la ciudad de Madrid, en una enorme sala repleta de familiares orgullosos, docentes de diferentes universidades y alguna que otra personalidad política. Su nombre resonó en la sala, y ella subió radiante, vestida con su mejor conjunto, a recoger su querido y deseado premio. Miró al frente, al patio de butacas repleto, y fijó su mirada en dos asientos en particular, dos asientos que estaban vacíos.

- ¿Eso es todo lo que sabe?- Le preguntó el Jefe del Departamento de Homicidios.

- Sí, ya le digo que yo sólo he realizado algunos trabajos con ella, y se que los padres no asistieron porque vi sus nombres en las butacas vacías. Todos los asientos estaban reservados.

- Muchas gracias, señorita.

Capítulo 2

Surrealismo

El pequeño Salvador

Mis pesados párpados seguían soportando la basura televisiva que se abalanzaba ante mi ser, aquella luz parpadeante cargada de material inconsustancial actuaba en mi de manera ambivalente, me adormecía, me provocaba el sueño propio del mismo aburrimiento mientras mantenía mi cerebro activo y mis ojos absurdamente abiertos como soportados por dos pequeños pilares que no les permitían caer del todo.

No sin un gran esfuerzo levanté mi pesado cuerpo en un movimiento poco sutil, cayó sin darme yo cuenta el bote de refresco que sujetaban mis piernas derramándose el líquido por la moqueta, lo cual causó una mancha húmeda que probablemente no atisbaría hasta la mañana siguiente.

Con un contoneo constante de mi cuerpo conseguí llegar a la cama, y allí, caí rendido, como si el día hubiese sido realmente duro, como si realmente me mereciera ese descanso, como si mi mente hiciera ese trabajo de autopremiarse por algo que realmente no había hecho.

Las luces de las últimas farolas encendidas comenzaron a socavar su destello para sumir mi habitación en un negro estupor que convertía mis pensamientos más atolondrados en suaves sueños aterciopelados.

Poco podía recordar de las largas horas que había pasado en la cama, las imágenes que aparecían borrosas ante mis ojos eran deformes, con poco sentido, en continua metamorfosis sin coherencia. Se convertían en algo que muy excepcionalmente podría contarse, y en caso de que esto sucediera, de muy complicada comprensión para aquel que escuchara.

Estas eran las reflexiones que tenía ante el frigorífico cada mañana mientras observaba los dibujos que mi pequeño Salvador realizaba al despertarse y colgaba orgulloso en esta blanca superficie, pues este pequeño lograba que entendieses lo que había soñado minuto a minuto durante sus 8 horas de no vigilia. Sólo un genio puede conseguir eso.